Tres mil hombres quedaron en el campo de batalla, diez mil entregaron las armas, obteniendo cuartel, y los demás, con Leslie á la cabeza, huyeron. El ejército escocés quedó aniquilado.

La batalla de Dunbar terminó la lucha entre el puritanismo inglés y el presbiterianismo escocés, que había tomado la defensa de Carlos para sus propios fines. Y aun cuando los trabajos de Cromwell no habían concluído todavía y se hacía precisa otra campaña, de todos modos los partidarios del Convenio no volvieron á levantar cabeza.

Fué aquel un acontecimiento notable, y grande fué también el regocijo del Parlamento inglés, bajo cuya autoridad había combatido Cromwell; pero nos podríamos preguntar si algún individuo de la digna Cámara, al oir la lectura de la carta en que se detallaba el combate, tomó nota de algunas palabras que, á la luz de los futuros acontecimientos, encerraban un significativo consejo de Cromwell.

«Os rogamos que respetéis al pueblo cada día más..., que renunciéis á vosotros mismos, pero reclaméis vuestra autoridad y la utilicéis para humillar á los insolentes que pueden perturbar la tranquilidad de Inglaterra, aunque sólo sea con pretensiones especiosas. Aliviad á los oprimidos; escuchad las quejas de los pobres prisioneros en Inglaterra; reformad los abusos de todas las profesiones, y si hay alguno que empobrece á muchos para que unos pocos sean ricos, considerad que esto no conviene á la República (1).»

Los abusos no se reformaron; los pocos se enriquecieron más, y los muchos llegaron á ser más pobres. Los dignos individuos de la Cámara de los Comunes eran «hombres de una pobre raza.»

(1) Carlyle, parte VI, pág 193

CAPITULO XXIII

Se ha dicho que el llamamiento y el manifiesto de Cromwell al ejército escocés no produjeron inmediato efecto. Sin embargo, no habían resultado inútiles; pero se necesitaba la derrota de Dunbar para que sus argumentos fuesen bien conocidos.

Después de aquella batalla, todos los escoceses, hasta los más graves é inflexibles, comprendieron en su interior que era preciso optar por una de esas dos soluciones: deponer las armas y pactar las mejores condiciones posibles con los puritanos ingleses, ó admitir en las filas, no solamente á los hombres á quienes se había expulsado, sino á cuantos pudiesen tomar las armas y quisieran servir como voluntarios. Este último medio fué rehusado por los más celosos partidarios del Convenio, y hasta hubo quien dijo, con la mano en la empuñadura de su espada: «Antes me juntaría con Cromwell que con esa gente.» Aunque semejante sentimiento no encontró eco en la mayoría de los escoceses, produjo impresión en muchos de los más aguerridos soldados y apresuró la inevitable caída del estandarte de los defensores del Convenio, preparando el camino para que predominase el carácter puramente realista del movimiento que había de causar su pérdida completa.

En favor de este cambio en el ejército escocés Carlos y Cromwell trabajaron activamente, cada cual con sus propios fines.

Carlos vió en semejante cambio el único camino para llegar á ser rey algo más que de nombre y librarse del intolerable yugo de los presbiterianos.

Cromwell confiaba que en Escocia los «piadosos» perderían gradualmente el interés y la fe en una causa que para los más debía tender evidentemente á satisfacer bienes «mundanales» y que, aun en el caso de obtener un buen éxito, colocaría al clero escocés y al presbiterianismo en una posición mucho peor que bajo el régimen puritano; mientras que, conociendo cuáles eran los sentimientos de Inglaterra, estaba convencido de que Carlos, sin el apoyo del presbiterianismo, no tendría allí ningún partido digno de este nombre.

Carlos y Cromwell tenían razón, y ambos á la vez estaban en un error: el primero debía saber que el Comité de los Estados se componía de hombres á quienes no intimidaba una derrota, aunque fuese como la de Dunbar, y que

para el logro de sus fines aceptaría una humillación aún mayor que la que ya había sufrido; mientras que Cromwell no calculó bien, como le había sucedido en Irlanda, la fuerza y el fervor del orgullo nacional escocés, ni las preocupaciones que había contra él como «sectario.» Si hubiera sido escocés, el clero se habría visto abandonado de sus mejores hombres; si hubiera sido presbiteriano, los mismos prelados podían haber renunciado á su alianza con Carlos; pero Cromwell era inglés é independiente.

Los esfuerzos de aquellos dos hombres para mejorar sus posiciones dieron origen á los principales incidentes de la campaña escocesa durante los primeros seis meses que siguieron á la jornada de Dunbar.

Apenas Carlos tuvo noticia del resultado de aquella batalla, que, según se dice, le produjo el mayor regocijo, se puso en comunicación con sus partidarios realistas en la Alta Escocia, y viendo que el clero seguía oponiéndose – un mes después de la derrota – á que se admitiese á los «malignos» en las filas del ejército, intentó un golpe para obtener su entera libertad de acción. Marchó de pronto á dicho país, é hizo un llamamiento á todos los escoceses leales, confederados ó no, para que se reuniesen alrededor de su bandera. Su plan podía haber tenido buen éxito; pero, desgraciadamente para él, se lo comunicó á Buckingham, y éste le hizo traición muy pronto, revelándoselo al Comité de los Estados. Esto tuvo por consecuencia que se adoptaran disposiciones para retirar hasta de su acompañamiento personal á todos aquellos individuos á quienes se consideró como consejeros dudosos. Aguijoneado así por la severidad de las restricciones á su libertad y por el insulto que se hacía á sus amigos, Carlos huyó á caballo, acompañado tan sólo de uno ó dos servidores, para reunirse con sus partidarios en las montañas más allá de Perth; pero no pudo llegar hasta allí. La primera jornada de su viaje agotó sus fuerzas físicas, y cuando fué alcanzado, al día siguiente, consintió en volver á ocupar su primera posición. Aún hizo más: para recobrar el favor de los ministros, declaró que «le habían extraviado los malos consejos...» y... que esperaba de Dios que esto serviría de eterna lección. Más tarde, cuando el Parlamento escocés se reunió en Perth, el 27 de noviembre, reiteró con frases más fervientes que nunca su creencia en el favor del Todopoderoso respecto á él como rey confederado.

Entretanto la organización de las fuerzas escocesas cambiaba gradualmente. Un partido nacional substituía al partido clerical en el Parlamento escocés, y marcábase cada vez más la tendencia á aceptar todos los ofrecimientos de auxilio sin entrar en averiguaciones sobre las creencias ú opiniones políticas de los hombres que los hicieran. En vano el partido clerical gritó y protestó contra los «malignos» en todos los tonos y formas; mas no consiguió nada porque el elemento laico en la sociedad escocesa se emancipaba poco á poco, pero con seguridad, del dominio clerical que tan largo tiempo había sufrido.

En los últimos días del año, Carlos, convencido ya de que la hipocresía era después de todo la única política que debía observar en aquellas circunstancias,

apuró hasta las heces la copa de la humillación en que había bebido desde su llegada á Escocia, declarando públicamente que reconocía sus propios pecados, los de su padre y de su abuelo por haber abjurado de la verdadera fe presbiteriana.

Con esta concesión logró el clero, siquiera fuese en apariencia, lo que deseaba, y en 1.º de enero Carlos fué coronado en Escocia con gran pompa y ceremonia; y tan bien llevó Su Majestad la falsedad hasta el fin, que á los ojos de los ministros «se condujo devotamente, tanto que nadie dudó de su sinceridad.» Era de temer que ya el más sincero confederado aliviaba su conciencia creyendo en un aparente convenio con Carlos, y no quería reconocer la verdad de los argumentos de Cromwell. Se había ido demasiado lejos para retroceder.

Sellos de uso particular de Oliverio Cromwell (tamaño natural)

De este modo, Carlos consiguió dominar la «alianza» de los hombres de Escocia. En cuanto á Cromwell, antes de comenzar una activa campaña contra lo que ahora podemos llamar el ejército realista, se consagró á la inútil tarea de exhortar al partido clerical escocés á reconocer que había cometido un error al aceptar á Carlos Estuardo en su seno, haciendo causa común con él contra los puritanos ingleses. Sus cartas no tuvieron ningún valor para obtener el menor resultado práctico; pero son demasiado características para que las pasemos por alto, y nos dan á conocer las opiniones personales de Cromwell respecto á la autoridad y prerrogativas de los ministros del altar, lo cual nos parece en extremo interesante.

El 9 de septiembre, seis días después de la batalla de Dunbar, hallándose Cromwell en Edimburgo y los sacerdotes resguardados en el castillo, envió al gobernador de éste un mensaje por conducto de su comisario general, Whalley, diciendo que el domingo «podrían los prelados predicar en sus iglesias con entera libertad y sin ningún temor, si querían tomarse la molestia de hacerlo (1).»

Los sacerdotes rehusaron bajo el pretexto de que no se ofrecía suficiente seguridad á sus personas, é indicaron que ellos eran el principal objeto de la invasión.

En el mismo día, Cromwell envió una pertinente respuesta al gobernador, diciendo:

«El ofrecimiento que se hizo á los sacerdotes por vuestro conducto fué sin-

(1) Carlyle, parte VI, pág. 204.

cero, creyéndose que sería bien recibido. Me complacerá que les digáis que, si tuvieran en algo el servicio de su Señor, la idea del sufrimiento no les dictaría semejante contestación...

»A ningún hombre se le ha molestado en Inglaterra ni en Irlanda por predicar el Evangelio, ni tampoco á ningún sacerdote en Escocia desde que el ejército se presentó en este país. ¡Predicar la verdad sienta bien á los ministros del Señor (1)!»

En otra carta los prelados aseguran que ha habido persecuciones contra el clero; pero no las especifican. Cromwell toma la pluma de nuevo y ataca atrevidamente á los presbiterianos «que presumen ser los intérpretes infalibles del Convenio.»

Está en su terreno familiar, y su lenguaje y argumentos son puramente *cromwelianos.*

«¿Dónde encontráis en la Escritura algo que confirme el aserto de que la predicación es exclusivamente propia de vuestras funciones (2)?..

»La ordenación es un acto de conveniencia respecto al orden; pero no una necesidad para que el sacerdote pueda predicar el Evangelio. Vuestro pretendido temor, á menos de que en él haya algo de error, es comparable con el de un hombre que quisiera tener todo el vino fuera del país para que nadie se emborrachase. Sería una injusticia y un celo desacertado privar al hombre de su libertad natural bajo la suposición de que puede abusar de ella. Si realmente abusa, juzgadle... Cerradle la boca con buenas razones que no se puedan refutar; si blasfema ó dice cosas que puedan perturbar la paz pública, que le castigue el magistrado; y si habla la verdad, regocijaos en ella...

»Para concluir (se refiere á la batalla de Dunbar, con su característico estilo), podríamos desear que la ceguedad no hubiera cerrado vuestros ojos ante todas esas maravillosas dispensaciones con que Dios ha favorecido últimamente á Inglaterra. ¿No deberíais, y nosotros también, temer y temblar pensando en la mano del Altísimo y en su poderosa intervención, en vez de calificar eso de *acontecimiento?* ¿No renacían vuestras esperanzas de vez en cuando, y también las nuestras, mientras aguardábamos para ver cómo respondería Dios á nuestras súplicas? Y después de tantas oraciones, de tantos ayunos y lágrimas, de tantas esperanzas y ruegos, ¿llamaremos á todas esas cosas simples acontecimientos? – ¡El Señor os compadezca!»

El fin de esta carta es una serie de preguntas á las que los prelados rehusan contestar, y á la verdad sería muy difícil hacerlo á una sola de ellas.

«Si vuestra Reforma es tan perfecta y espiritual, si es el reino de Jesús, ¿dónde están vuestra sana política y vuestra sinceridad? ¿Cómo pretendéis protestar contra los «malignos,» siendo así que admitís al jefe de ellos y le eleváis, invocando el nombre de Jesucristo? ¿Cómo osáis publicar un documento falso

(1) Carlyle, parte VI, pág. 205.
(2) Carlyle, parte VI, pág. 211.

(se refiere á la declaración de Carlos contra los pecados de su padre), que extravía la opinión de todos los hombres piadosos en Inglaterra, en Irlanda y Escocia? ¿No os dicen vuestras conciencias que aquel acto fué del todo contrario á su voluntad, que se le obligó á consentir en él con importunidades y amenazas, y que aun hoy día se lamenta de ello? ¿Y no es una provocación apartarse así de la ley de Dios y de su pueblo?» Esta fué la última palabra de Cromwell á los presbiterianos. Poco después, habiendo proclamado «á son de trompeta y redoble de tambor» á todos los habitantes de Leith y de Edimburgo que todos aquellos que no hicieran armas serían protegidos en el ejercicio de sus acostumbradas ocupaciones, marchó hacia el Norte para ver si podría desalojar á Carlos de Stirling. Encontró al ejército escocés en una posición demasiado fuerte, y á Leslie resuelto á no batirse en la llanura; y como ya cerraba el invierno, volvió á Edimburgo, donde hizo sus preparativos para tomar el castillo. En diciembre tenía montadas sus baterías para el bombardeo, en vista de lo cual y después de algunas negociaciones la guarnición capituló en condiciones favorables para ella.

En la primavera, la salud de Cromwell comenzó á decaer. Cansado del excesivo trabajo, resentido del rigor del clima, y probablemente de lo que padeció antes de Dunbar, su constitución se resentía seriamente de los últimos diez laboriosos años de constante esfuerzo mental y de rudas campañas.

«Te aseguro – escribió á su esposa después de Dunbar – que me estoy haciendo muy viejo, y que los achaques de la edad ya me agobian.»

Verdaderamente debía tener una constitución de hierro para haber sufrido tanto. Las campañas activas de cualquiera especie, cuando se comienzan á los cuarenta años de edad, exigen un poderoso esfuerzo; pero la del siglo XVII, durante aquella guerra, fué peor de lo que puede hoy imaginarse, particularmente para un hombre cuyos pensamientos estaban siempre fijos en los asuntos del momento más bien que en ninguna comodidad de la vida. A esto debe agregarse la gran sencillez de su vida ordinaria y la rudeza de la existencia de un caballero campesino en aquella época. Cromwell no se quejó nunca de sus fatigas, y rara vez hizo mención de ellas en sus cartas.

En marzo, después de inspirar mucha ansiedad á sus amigos, se restableció, pero tuvo una ó dos recaídas antes de llegar al verano.

Ahora era más que nunca un héroe en su país. El Parlamento mandó acuñar una medalla conmemorativa de Dunbar, con la «efigie» de Cromwell en una de sus caras; pero se hizo contra la voluntad de éste.

«Os aseguro que estaré muy agradecido – dijo – si no se pone mi efigie en la medalla.»

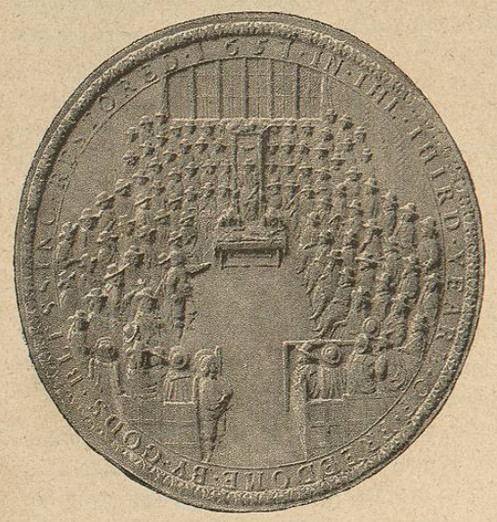
Esto no le fué concedido.

También se le hizo el honor de elegirle para la cancillería de la Universidad de Oxford, distinción que aceptó con agradecimiento, aunque con mucha modestia.

«Confieso que erais dueños de elegir...; pero permitidme advertiros (por más que lo haga tarde) que no soy propio para llenar los deberes de tan importante servicio (1).

»El honor de semejante cargo es tal, que cometería un desaire á vuestro favor y vuestra libertad de elegirme, si por pretendida modestia discutiera la aceptación del mismo; mas espero que no se me hará responsable si no puedo serviros en la medida que deseo.»

En abril, apenas Cromwell estuvo bastante bien para montar á caballo, comenzó de nuevo la campaña del Norte. No dió gran resultado hasta julio, mes en que ocurrió un encuentro entre Lambert, con tres regimientos de caballería y otros tantos de infantería, contra nueve regimientos de realistas al mando de Sir John Browne. Los puritanos obtuvieron la victoria, y Cromwell, muy ocupado con el proyecto de obtener un resultado decisivo, marchó hacia el Norte de Stirling con todo su ejército é impidió el envío de víveres y municiones á Carlos desde la Alta Escocia. De este modo se alejaron todos los obstáculos que entonces se oponían para una marcha del ejército real en dirección al Sur. El camino de Inglaterra estaba abierto.



Medalla distribuída entre los oficiales y soldados que tomaron parte en la batalla de Dunbar

Por este tiempo, es decir, á fines de julio, había cesado la desunión entre los «malignos» y los partidarios del Convenio. Los primeros y los presbiterianos, los montañeses con sus arcos y flechas y los mosqueteros de la Baja Escocia, se unieron todos, animados del espíritu nacional, y comprometiéronse á elevar á Carlos á todo evento al trono de Inglaterra. Este fué un convenio impío, hecho, no ante una invasión extranjera – como el clero escocés supuso, – sino por su propia mezquina y estrecha política de adherirse con su Convenio al partido de un rey hipócrita. Si hubieran despreciado á Carlos, Cromwell habría dejado á Escocia prácticamente autónoma; y la soldadesca independiente no hubiera puesto nunca el pie sobre el cuello de los orgullosos presbiterianos.

El objeto de Cromwell consistía en evitar en lo posible la conquista de Escocia; pero de todos modos, en su propia defensa, debía extirpar de allí el rea-

(1) Carlyle, parte VI, carta CLXVI, pág 257.

lismo. El país quiso sostener á Carlos, á pesar de las advertencias que se le hicieron, y por lo tanto, debía atenerse á las consecuencias.

El 2 de agosto, la ciudad de Perth, que Cromwell sitiaba, se rindió. Antes de esto, había oído asegurar que Carlos, jugando su última carta «para ganarlo ó perderlo todo,» había salido de Stirling y marchaba directamente sobre Inglaterra. Cromwell hizo entonces cuidadosamente todos sus preparativos para dejar guarnición en Perth y marchó hacia el Sur en seguimiento de los realistas.

Hubo un tiempo en que se acostumbraba á creer que Carlos fué bastante hábil para burlar á Cromwell, pero ahora sabemos mejor á qué atenernos sobre este particular. Cromwell fué, por el contrario, quien deliberadamente ofreció á Carlos una oportunidad para emprender la marcha en aquella dirección (1). «Ciertamente – escribía el 4 de agosto al presidente de la Cámara de los Comunes, – nuestro consuelo es haber procedido del mejor modo que se podía, sabiendo que si no se dejaba alguna salida para este asunto, ocasionaría otra guerra civil..... Es dado suponer que podíamos haber cortado el paso al enemigo, situándonos entre él é Inglaterra. Verdaderamente, creo que era fácil; pero no veo claro cómo habríamos podido alejarle de este lugar sin hacer lo que hemos hecho, á no haber tenido un ejército dominando en ambas orillas de río Forth.»

El gran sello de Inglaterra, 1651

Faltaba saber ahora si Cromwell tenía razón, ó si, como Carlos esperaba confiadamente, sería éste recibido con los brazos abiertos por una población cansada de los adustos puritanos y dispuesta á morir por el hijo del «mártir» asesinado.

El resultado no se hizo esperar mucho. Cuanto más avanzaba Carlos, más difícil era su posición. Se detuvo en las casas de sus partidarios, y esto ofendió mucho á los presbiterianos; suscitáronse envidias de toda especie; y además, su ejército escocés fué tratado como una fuerza extranjera y odiada como tal.

Los elogios á la Restauración, y el sentimiento de horror á los regicidas, que aún hoy día subsisten y que algunos quisieran hacernos creer que animaron á la nación inglesa durante algunos años después del «asesinato,» se prestan á

(1) Carlyle, parte VI, carta CLXXX, pág. 285

tristes comentarios si se tiene en cuenta que cuando el ejército real entró en Worcester, el 22 de agosto de 1651, los refuerzos que recibió se redujeron á unos pocos centenares de hombres.

Es cosa bien sabida que el sentido común de la nación inglesa se inclinaba en favor de los puritanos, y que la previsión de Cromwell y la prontitud con que el Parlamento atendió á sus indicaciones fueron tales, que aunque el ejército escocés hubiera estado á las órdenes de un hombre mejor que Carlos, habría resultado siempre muy inferior al de sus adversarios.

Carlos se quedó en Worcester, esperando que sobreviniese algún incidente en su favor.

El 27 de agosto, Cromwell llegó á Evesham á la cabeza de 28.000 hombres, y procedió metódicamente á cercar al enemigo – en número de 16.000 soldados, – de tal modo que le fuera imposible escapar.

La batalla que se trabó el 3 de septiembre fué desesperada y sangrienta. Los escoceses se batieron con heroico valor, y Carlos dió una carga brillante á la cabeza de su caballería; pero ante los numerosos enemigos, mandados por Cromwell, no hubo ni podía haber más que una derrota, y al terminar el día, todos los realistas hubieran muerto probablemente si Cromwell, con riesgo de su persona, no se hubiera adelantado hasta las líneas enemigas para ofrecer cuartel.

La batalla de Worcester puso término á la guerra. El estandarte real levantado en Nottingham nueve años antes yacía en el polvo por última vez, y el puritanismo había alcanzado su triunfo final.

La ejecución de Carlos I mató la monarquía absoluta en Inglaterra. Después de Worcester no debió temerse ya ninguna invasión extranjera, y los enemigos de la República quedaban aniquilados. Faltaba ver ahora cómo serían tratados los vencedores por el Parlamento, en cuyo nombre Cromwell había alcanzado su más decisiva victoria.

CAPITULO XXIV

La batalla de Worcester terminó un importante capítulo en la vida de Cromwell; fué la última en que tomó parte; su carrera militar había concluído.

¿Cuál debía ser en adelante su situación dentro del gobierno de la República?

Algunos de los más hábiles hombres del Parlamento se hicieron sin duda esta pregunta con no poca ansiedad. Figuraba no solamente como primer soldado de la causa puritana, sino como único individuo del Parlamento que había insistido enérgicamente para que la Cámara de los Comunes introdujera reformas, observando una política activa en la completa organización del país.

Lo había indicado así claramente en su carta escrita después de Dunbar, así como en varios discursos pronunciados antes de la segunda guerra civil; y ahora, en la que dirigió al Presidente desde Worcester expuso sus opiniones desde un nuevo punto de vista y más enérgicamente que nunca. He aquí un párrafo de dicha carta (1):

«Humildemente pido que todos los pensamientos tiendan á ensalzar al Señor, á quien debemos la salvación, esperando que sus continuas mercedes no produzcan orgullo y depravación, y que el temor á Dios se mantenga en la autoridad y en el pueblo, para que prosperen y sean bendecidos. De Vuestra Señoría deben emanar la justicia, la rectitud y la verdad, en agradecimiento al Todopoderoso.»

Cromwell esperaba que se manifestasen estas cualidades en el gobierno del puritanísimo inglés. En este caso, sería su más fiel y leal servidor; pero de lo contrario...

Los más entusiastas admiradores del Parlamento Largo, como se le llamó en 1651, no pueden decir en su favor sino que sus jefes, fueran cuales fuesen sus faltas, estaban animados del deseo de hacer cuanto fuese posible en interés de la República.

Por desgracia, la reputación de un Parlamento no depende de los que al frente de él figuran y como la mayoría de los individuos, después de la jornada de Worcester, se ocuparon afanosamente en acaparar los despojos de los realis-

(1) Carlyle, parte VI, pág. 296.